

ELOY ALFARO. *NARRACIONES HISTÓRICAS*. QUITO:
UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR /
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2012, 368 pp.

En un esfuerzo por mantener la memoria del alfarismo, distintas iniciativas editoriales compilaron y publicaron los escritos que el líder de la revolución Liberal radical, Eloy Alfaro Delgado (1842-1912), produjo en cada momento de su vida, con propósitos específicos. Una de las ediciones más conocida fue: *Obras escogidas*, que se presentó con el sello Ediciones Viento del Pueblo, en 1959. Estas publicaciones de mediados del siglo XX fueron texto obligado de las bibliotecas de intelectuales de la época pero, al parecer, tuvieron escaso impacto en la historiografía de entonces, hasta 1983, año en que vio la luz la nueva compilación titulada: *Narraciones históricas*, bajo el sello de Corporación Editora Nacional, la misma que trajo la novedad del estudio introductorio realizado por Malcolm Deas, cuya lectura modificaba sustancialmente la comprensión de los textos escritos por Alfaro.

Después de su primera edición, la demanda del libro obligó a producir una segunda, en 1992. Después de transcurridos veinte años, iguales razones promueven la tercera edición de la obra en cuestión. Tres ediciones en tres décadas son un indicativo de que el libro constituye un texto referencial de la historiografía nacional y aun latinoamericana, relacionada con los procesos políticos del siglo XIX en América andina.

Una de las posibles razones por las que surge la necesidad de la reedición del texto es el renovado interés por los procesos políticos, después del largo predominio de la historia social. Los nuevos enfoques intentan superar la perspectiva nacionalista, épica y aún estructuralista de la dimensión política, en momentos en los que la sociedad latinoamericana experimenta transformaciones y demanda renovadas interpretaciones de su pasado. En ese contexto, *Narraciones históricas* sirve tanto como fuente primaria cuanto como propuesta interpretativa de análisis de los grupos sociales que participaron en los hechos que fueron base de la revolución; o las mentalidades y la ideología que movió a los dirigentes, la cual tan laxamente hemos llamado "liberal".

El estudio introductorio está organizado en tres partes: “Don Eloy Alfaro, escritor”; “Los escritos de Alfaro”; y “El Alfarismo y los alfaristas”. Malcolm Deas inicia planteando la cuestión de si es útil calificar la revolución de 1895 como burguesa y llama la atención a la historiografía moderna por su escasa necesidad de tratar diversas variedades de liberalismo. A partir de ello presenta un nuevo enfoque para comprender el radicalismo, a Alfaro y a su tiempo. La *Nueva Historia* ha realizado importantes aportes para desentrañar la Revolución Liberal desde una perspectiva estructuralista. Deas innova y plantea el análisis de los escritos de Alfaro, sus contemporáneos y afines, para analizar las *mentalités* y, desde allí, intenta dibujar el espectro ideológico del radicalismo, para desentrañar qué era el alfarismo y quiénes eran sus líderes.

En la primera parte del estudio introductorio Deas pregunta: “Eloy Alfaro como pensador o historiador. ¿Se podrá justificar la presencia de su nombre en una colección del pensamiento nacional destinada a editar los ‘clásicos’ de la historiografía?”. Y responde: “Alfaro no era un político cualquiera, fabricante vulgar de panfletos y mensajes, ni sus enemigos más ciegos pueden negar su valor representativo. Sus escritos, por ocasionales que sean, son fuente legítima de investigación”. Añade que el lector puede acercarse a sus textos con la curiosidad del arqueólogo que trata de desentrañar un objeto del pasado.

Deas organiza los escritos de Alfaro en varios grupos. Los textos que recogen crónicas político-militares bajo el título “La Campaña de Esmeraldas” (1882) contienen a su vez los relatos: “La Regeneración y la Restauración” y la “Campaña de 1884”. Sobre el segundo grupo de escritos: “Narraciones históricas”, Deas considera que es un “documento de pelea, y por lo tanto debe emplearse con cuidado, pero de todos modos es un trabajo de gran importancia”. Finalmente, sitúa la “Historia del Ferrocarril de Guayaquil a Quito” y agrega los “Aforismos de Alfaro”.

La tercera parte del estudio introductorio aborda la cuestión “¿quiénes fueron los alfaristas?”. Alrededor de esa pregunta, Deas indaga en los escritos de Alfaro, reconociendo su valor como documento generado por un protagonista de los hechos. El historiador pone en duda la aplicación de categorías clásicas como “lucha de clases sociales” y motiva a leer con cuidado las fuentes que revelan la presencia de sujetos populares de todo tipo, y una suerte de politización que favorecía al *liberalismo machetero* de Alfaro, “capaz de canalizar el entusiasmo popular y pequeño burgués”. Los segmentos populares costeños venían de un proceso de movilidad social que impidió la generalización del concertaje, lo que, según Deas, pone en duda que las bases del alfarismo estuvieran constituidas mayoritariamente por peones concertados. “Creo que los oficiales del ejército radical fueron de diferentes oríge-

nes pequeño-burgueses o burgueses y de muchas partes del país”, asegura.

Siendo Alfaro el objeto de su estudio, el historiador inglés introduce un enfoque biográfico: dibuja el ambiente de Montecristi donde nació el líder de la revolución, así como el círculo intelectual y político que lo rodeaba. En un análisis comparativo con personajes como Montalvo, nuevamente propone poner en duda la categorización de burgueses, pues algunos de los radicales –entre ellos Alfaro– tenían rasgos místicos, estoicismo, clerofobia, practicaban el espiritismo, el “igualitarismo en el trato social”, desprendimiento por los bienes materiales y una perspectiva del “progreso” algo indefinida, rasgos atípicos de un burgués, según afirma Deas. Alfaro y Montalvo, dice, fueron dos “bohemos de la política que nunca se aburguesaron.

La introducción de Deas permite acercarse a los textos de Alfaro con una metodología de interpretación, de tal manera que el lector y los historiadores pueden escarbar los textos y construir sus propias respuestas sobre la cuestión de la Revolución alfarista. En lo fundamental, insistimos, plantea un nuevo enfoque para entender el radicalismo como una vertiente distinta del liberalismo clásico, articulando las perspectivas culturalista y política, sin dejar de mirar, como contrapunto, a la sociedad.

La segunda parte de *Narraciones Históricas* contiene escritos producidos en distintos momentos por Alfaro, el principal protagonista de lo que la historiografía llama revolución Liberal, hecho que redefinió el carácter del Estado y repercutió en la sociedad ecuatoriana, a lo largo del siglo XX. Inicia con “La campaña de Esmeraldas”, un relato político-militar escrito en 1882, con el propósito de narrar las hazañas de sus huestes en los combates que se libraron contra la “dictadura” de Veintemilla, en el territorio de la provincia norteña.

“Ecuador, la Regeneración y la Restauración” constituye un conjunto de cuatro relatos, uno de los cuales es la “Campaña de 1884”. Al igual que la crónica sobre las acciones guerrilleras de Esmeraldas, este conjunto de textos tiene como propósito difundir la acción de las huestes alfaristas, como estrategia de lucha para doblegar al proyecto del Progresismo e instaurar su programa liberal radical. El siglo XIX fue el siglo de la eclosión del fenómeno de la prensa y las tensiones políticas se decantaban no solo con las armas sino con la producción y difusión de impresos. Uno de los campos de batalla era, por entonces, el parte militar, documento de tipo oficial; y el relato de tinte épico que cada comandante de armas generaba para posesionar sus éxitos militares y cosechar la glorificación de sus triunfos y batallas; o para denegar los logros del comandante de otras facciones.

Ecuador, un naciente país profundamente fragmentado, vio surgir a lo largo del siglo XIX gobiernos regionales de facto, que se instituían para fortalecer campos de poder y participar en las negociaciones de los grupos

en pugna, antes de instaurar, cada vez, un nuevo gobierno nacional. Alfaro instauró una Jefatura Suprema en Esmeraldas y Manabí en el año de 1883, desconociendo a Veintemilla. Para derrocar a Veintemilla, los ejércitos de las fuerzas del interior, que representaban a los “Restauradores”, al mando de Sarasti; y, por otra parte, las huestes alfaristas, reconocidas como el ejército del litoral, se unieron para librar la batalla final y tomar Guayaquil, bastión del enemigo y centro económico agroexportador. Una vez destituido Veintemilla, los progresistas volvieron a tomar el control a través de Caamaño y los radicales, con Alfaro a la cabeza, quedaron fuera del poder. Los relatos que circularon por entonces desconocían la participación protagónica de los radicales en el combate final y Alfaro contestaba a ello con su propia narrativa y testimonio de los hechos. Los discursos y sus contenidos ya se perfilaban en la república como un campo de poder en disputa.

Alfaro no libraba batallas solo con armas sino también con escritos para posicionar sus relatos: el valor épico constituía uno de las principales virtudes para acreditarse el derecho de mando, lograr el prestigio y la admiración de las huestes, y aun de los enemigos. En la “Campaña de 1884” el caudillo reconoce a sus combatientes, a los cuales nombra y exalta por sus gestas y valentía. Así mismo, describe cada una de las acciones que emprendió para derrocar a Caamaño. La épica central de su relato es el “Combate de Jaramijó”, narrativa a la cual imprime un estilo panegírico. Para Alfaro, quien tenía un espíritu militar, ese acontecimiento formaba parte de una de sus más significativas hazañas militares, puesto que fue uno de los pocos combates navales que libró; la mayoría de sus batallas y asonadas fueron en tierra.

La sección “Narraciones históricas” corresponde a un conjunto de cartas y escritos relacionados con las elecciones presidenciales de 1901. Olmedo Alfaro, el hijo de Don Eloy, publicó esta narrativa en 1913, en medio del tenso clima que envolvía al Ecuador tras el asesinato de su padre, con la clara intención de descubrir los entretelones de la pugna entre liberales moderados-placistas y liberales radicales.

Finalmente, el libro incluye también la tan conocida “Historia del ferrocarril de Guayaquil a Quito”, escrita por Alfaro para desmentir la infamia de sus contrarios políticos ensañados contra la obra de sus sueños, símbolo de sus afanes de modernización. En sus primeras líneas, Alfaro enuncia su dolor ante la muerte trágica del constructor del ferrocarril, Archer Harman, y señala que sin su “honradez, inteligencia y actividad de ese amigo, los cargos espantosos lanzados por los enemigos del Partido Liberal, con ocasión del Ferrocarril, habrían quedado aparentemente justificados”.

Detrás de la primera piel de los relatos épicos y políticos de Don Eloy, el historiador puede descubrir una segunda, en la que se hallan datos y evidencias que, leídos a contrapelo, permiten comprender otras dimensiones de la

realidad. En esa segunda piel han quedado registrados los sujetos concretos que participaron en las contiendas; la geografía de la guerra, que desborda las fronteras territoriales, lo que obliga a sobrepasar la perspectiva nacional; entender la ideología de los liberales radicales; y, en fin, conocer las fibras del temperamento y mentalidad del propio líder de la revolución, Eloy Alfaro.

Tatiana Hidrovo Quiñónez
Centro Cívico Ciudad Alfaro (Ecuador)

ADOLFO LEÓN ATEHORTÚA CRUZ. **GERMÁN COLMENARES. UNA NUEVA HISTORIA.** CALI: UNIVERSIDAD DEL VALLE, 2013, 161 pp.

A raíz del temprano fallecimiento del historiador colombiano Germán Colmenares acaecido en 1990, a sus 51 años de edad, hubo un grupo de sus colegas que se dio a la tarea de investigar e interpretar su obra. Ello, tanto desde la perspectiva historiográfica, esto es, el relevante paradigma que representa la obra de Germán en el contexto colombiano y latinoamericano, como el análisis de su teoría y método, y aun, sobre algunos aspectos de su trayectoria como académico. No obstante, sobre su obra y trayectoria no se tenía un texto que ofreciera una visión global. El libro de Adolfo León Atehortúa Cruz, *Germán Colmenares. Una Nueva Historia*, cumple con este propósito.

En mucho, el libro de Adolfo se plantea como una biografía intelectual y académica que, como línea de investigación, poca atención ha recibido en el área de los estudios en historia intelectual colombiana, lo cual constituye otro mérito del libro que se comenta. Como lo advierte su autor en el apartado "Propósito", y atendiendo al libro de François Dosse, *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual* (2007), este libro no es solamente un estudio sobre las ideas. En complemento a ello constituye una investigación que analiza los contextos de enunciación de las ideas. Coherente con esta idea, Atehortúa se dio a la tarea de reconstruir parcial, pero críticamente, algunos de los contextos sociales, intelectuales, institucionales, políticos y académicos en la formación y acción historiográfica de Colmenares. De esta manera, la investigación de Atehortúa vuelca su perspectiva de análisis sobre una de las premisas de la llamada historia intelectual, esto es, trascender el estudio de las ideas por sí, buscar sus contextos y estudiarlas en referencia a estos y desde diferentes aristas y posibilidades analíticas, pero especialmente en el ámbito de lo cultural-social. Así las cosas, a partir de una revisión de documentos oficiales y de trabajos previos sobre Colmenares, sin duda muy valiosos todos ellos, igualmente de entrevistas realizadas por el autor a sus antiguos alumnos y colegas, pero también del análisis

de una buena parte del corpus de su obra historiográfica, Atehortúa logra ofrecernos críticamente un panorama general sobre uno de los intelectuales colombianos más importantes de la segunda mitad del siglo XX: su etapa formativa, su talante para la docencia y la investigación, la importancia e impacto de su obra, su forma de trabajo (teoría y método), su concepción sobre la historia, el académico y el intelectual, su paso por la Universidad del Valle, sus posiciones políticas, su círculo de amigos y espacios de sociabilidad, entre otros aspectos.

Siendo un *casi* todo en torno a la trayectoria y obra de Colmenares, las páginas de la tercera parte de este libro son de especial interés para el conocimiento de cómo, junto a otras figuras “primas” de la historiografía colombiana, progresivamente fue pasando del ámbito de la Academia Colombiana de la Historia al espacio académico-profesional y universitario. Pero, además, esta tercera sección del libro da cuenta de cómo las visitas de Colmenares a diferentes archivos del país, particularmente al Archivo Central del Cauca, en la ciudad de Popayán, tuvieron otro enfoque del que usualmente le daban los historiadores no profesionales: la búsqueda de fuentes primarias sí, pero para interrogarlas dentro de un marco de referentes teóricos y metodológicos propios de las ciencias sociales y, en particular, de la historia. Igualmente, en estas páginas el lector podrá percatarse de cómo Colmenares, al igual que un puñado de historiadores de su generación, concibieron una historia desde la transdisciplinariedad. Una *historia profesional* como se suele decir, a lo cual también hay que añadirle un especial interés por *profesionalizar* historiadores. En este sentido cabe señalar la impronta que en su momento Germán le dio a la licenciatura de historia de la Universidad del Valle que dio por resultado excelentes trabajos de investigación, así como estudiantes que se formaron con inquietudes investigativas en el campo de la historia y una historia regional con mucha fuerza e impacto que trascendió las fronteras del país.

Como lo muestra Adolfo en su trabajo, Germán asumió como suya la famosa frase de Lucien Febvre: *Combates por la historia* que, como se sabe se convirtió casi en un *universal* para las nuevas historias nacionales y su propósito revisionista, vanguardista y de lucha contra la escuela historiográfica asentada en postulados positivistas. En esta aludida tercera parte hay un esfuerzo analítico del autor por establecer los hilos internos, el entramado teórico-metodológico y de fuentes primarias utilizadas por Colmenares. Esto en complemento a la primera parte del trabajo en donde se indaga y se dan pistas de cómo Germán Colmenares trabajaba: *dedicación de un artesano, la seriedad en el oficio y la responsabilidad del docente*, de acuerdo con tres de sus más destacados alumnos.

Otro de los aspectos interesantes en esta tercera parte del trabajo es que Adolfo señala inflexiones en la perspectiva historiográfica y temática de Colmenares. Sin embargo, y es lo notorio en el análisis que hace Atehortúa, tales inflexiones no deben entenderse como cambios bruscos, sino más bien como una obra con “coherencia analítica” que fue de la historia social y económica a la historia cultural, pasando por la historia de las ideas y las mentalidades, la historia política y aún la historia del arte. Pero que, además, fue constantemente revisada y autocriticada.

En suma, el libro de Adolfo Atehortúa sobre Germán Colmenares es mucho más que un ensayo historiográfico. Es un trabajo interesante sobre historia intelectual y académica que muestra, de manera integral, a uno de los historiadores que revolucionó la historia como disciplina científica en el país y, paralelamente, la práctica del historiador en Colombia.

La investigación de Adolfo invita y deja la puerta abierta para una historia intelectual colombiana que todavía es “joven” y tiene muchas posibilidades temáticas. Señalo algunas de ellas aclarando que surgen a partir de la lectura de este libro, pero evidentemente la lista puede ser mucho más amplia y diversa. También indico que varios de estos temas ya han sido objeto de estudio por parte de algunos investigadores, sin que ello signifique que han sido agotados: las condiciones institucionales y contextuales de la producción del conocimiento histórico en Colombia y en general de las ciencias sociales. En relación con esto, el rol desarrollado por la Nueva Historia, la Universidad y el Estado en el fortalecimiento de la historia como ciencia social y humanista en el país. El asunto de las generaciones de intelectuales-historiadores-académicos en Colombia, particularmente, como lo anota Jorge Orlando Melo en el prólogo al libro de Adolfo, del diálogo entre ellas que, como dice Melo, ha sido poco frecuente. La influencia de modelos historiográficos y de teorías y metodologías provenientes de otras ciencias sociales que han coadyuvado al desarrollo de la historia en Colombia. El intelectual-historiador-académico y su posicionamiento frente a lo político, de lo cual el libro de Adolfo ofrece algunas pistas. Las redes intelectuales y académicas desde la periferia local-regional hacia los centros de cultura y pensamiento nacional e internacional.

Los que recibimos clase con el *maestro* Germán Colmenares, los que de alguna u otra forma se formaron con él como historiadores, los que siguen leyendo, formándose y “recibiendo” clases del maestro a través de su legado historiográfico, pero particularmente las nuevas generaciones de universitarios que se están forjando como historiadores e investigadores dentro de las ciencias sociales y humanas, debemos celebrar la aparición de este libro.

Aimer Granados

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa (México)

FERNANDO CHUQUIMIA BONIFAZ. *LAS SOCIEDADES DE SOCORROS MUTUOS Y BENEFICENCIA EN LA PAZ, 1883-1920*. LA PAZ: CENTRO DE ESTUDIOS PARA LA AMÉRICA ANDINA Y AMAZÓNICA, 2013, 255 pp.

En la América fueron determinantes las ideas anarquistas y socialistas que permitieron la creación de mutuales de artesanos y obreros. El mutualismo no planteaba cambios del sistema sino mejoras dentro del mismo; por lo tanto, fue un movimiento reformista que proponía la defensa del capital por medio del cooperativismo, el fomento del ahorro y la conformación de sociedades de socorros mutuos.

Existen algunos escritos sobre el tema, realizados desde las mismas organizaciones mutuales bolivianas aún vigentes, como *La mutualidad boliviana* de Néstor Valenzuela; o desde las ciencias sociales, como el desarrollado en la década de los ochenta por Silvia Rivera y Zulema Lehm: *Los artesanos libertarios*. Sin embargo, la historiografía boliviana no ha profundizado de manera suficiente el tema de las organizaciones artesanales y mutuales. En este contexto, la obra de Fernando Chuquimia se interesa por estudiar el movimiento mutuo y benéfico que antecedió a las organizaciones sindicales de la clase obrera boliviana y constituye un estudio historiográfico pionero en Bolivia. No realiza una lectura específicamente histórica del movimiento obrero sino que, más bien, se centra en sus antecedentes. El trabajo tiene dos grandes partes. En la primera desarrolla una visión general del mutualismo en Bolivia. En la segunda profundiza en el análisis de las sociedades de socorro mutuo de La Paz y desarrolla el tema de las sociedades de beneficencia.

En Bolivia, los gremios artesanales surgieron en la época prehispánica, cuando se crearon centros urbanos donde se realizaban prácticas laborales que se dividían por especialidades. En el año 2000 a. C., aproximadamente, se conformaron ayllus especializados en un solo tipo de labor, con una dinámica basada en la reciprocidad. En la época colonial llegaron los primeros artesanos de oficio; entre fines del siglo XVI e inicios del XVII se desarrolló un nuevo artesanado en el núcleo urbano de La Paz, el cual interactuó con los artesanos españoles, de tal manera que existieron dos vertientes de artesanos: los españoles y los indios, que llegaban a la ciudad de los repartimientos. Paralelamente, se organizaron hermandades religiosas de beneficencia. En la época republicana, los gremios empezaron a ser reglamentados y la mano de obra inició su proceso de tecnificación, con la creación de centros educativos. Entre 1825 y 1905 se emitieron disposiciones gubernamentales para definir el establecimiento de escuelas de artes y oficios.

A mediados del siglo XIX los gremios artesanales se organizaron en entidades específicas: se conformaron las Juntas de Artesanos para el socorro

mutuo, iniciadas por los carpinteros de Sucre y de La Paz, con carácter corporativo y de socorro mutuo entre sus miembros. Posteriormente, se crearon movimientos mutualistas en varias ciudades de Bolivia, principalmente en La Paz, Sucre, Cochabamba, Oruro y Potosí. Con el auge de corrientes como el romanticismo y el positivismo se inició la conformación de logias masónicas, con el fin de controlar la política y la economía del país; la masonería jugó un rol relevante en la creación de estos movimientos, al tomar contacto con núcleos de trabajadores e influir en su ideología. Otro factor determinante fue la política gubernamental, pues los partidos que se encontraban en el poder generaban reformas para apoyar a sus partidarios. Los gobiernos conservadores apoyaron a entidades de socorro y de beneficencia de la aristocracia, los gobiernos liberales propiciaron la organización de sociedades de socorro mutuo. Fuertes influencias llegaron también de sociedades conformadas por ciudadanos extranjeros que se basaban en la asistencia benéfica, mediante la atención médica. También contribuyeron las sociedades creadas por bolivianos en el exterior, como las de Argentina y Chile, que tenían como objetivo mantener el buen nombre de Bolivia en esos países y con el fin de protegerse mutuamente en el extranjero, por medio de los reglamentos establecidos.

En 1860 se creó la Junta Central de Artesanos de La Paz, conformada por los maestros mayores, primeros y segundos, de los gremios. Sus propósitos eran la protección mutua, la influencia moral, intelectual e industrial de los artesanos, así como guiar a los gremios hacia el orden, el trabajo y la moralización. El desarrollo mutual republicano de Bolivia tuvo tres momentos. El primero entre 1880 y 1920, cuando aparecieron las entidades mutualistas. En 1920 inició un nuevo movimiento obrero, con ideas clasistas y organizativas; en 1921 se conformó el Primer Congreso de los Trabajadores Bolivianos. La segunda etapa, de 1920 a 1958, estuvo caracterizada por la organización de Federaciones de Mutuales a nivel departamental y nacional. La tercera fase arrancó en 1960 y se caracterizó por la desorganización de la Confederación Nacional y de las Federaciones Departamentales. Durante las tres etapas se organizaron aproximadamente 45 mutuales en La Paz, organizadas en sociedades de socorro mutuo y de beneficencia.

En esta ciudad las sociedades de socorro mutuo o gremiales y las sociedades de beneficencia tuvieron diferencias entre sí. Las primeras estaban conformadas por obreros y artesanos, por lo cual tuvieron una orientación social: propiciaban políticas estatales orientadas a legislar esa área y a crear centros de enseñanza. Son antecesoras del movimiento sindical obrero que se consolidó en el siglo XX. Dentro de estas cabe recalcar el rol de la Sociedad de Obreros "El Porvenir" (1888), cuya ideología sirvió de base a los movimientos obreros posteriores; además, impulsó la celebración del 1.º

de Mayo y la organización de la primera Universidad Popular, la cual se constituyó para alfabetizar a la población y sirvió como centro de reuniones de personajes políticos de izquierda. Otra sociedad relevante fue el Centro Social de Obreros que, a diferencia de las demás sociedades, tuvo una orientación progresista y se identificó con las reivindicaciones sociales de la época; ahí se formaron personajes sobresalientes del movimiento obrero local, quienes ocuparon diversos cargos públicos, tales como diputados, y asumieron funciones en el gobierno. Finalmente, la Liga de Empleados de Comercio, la Banca y la Industria de La Paz, fundada en 1919, tuvo un papel decisivo en la legislación social de los trabajadores y obtuvo beneficios como el establecimiento legal de la jornada laboral de ocho horas.

Mientras que las sociedades de beneficencia estaban organizadas por las élites locales y tuvieron una función asistencialista y benéfica respaldada por la ayuda económica estatal. Se orientaron a las áreas sanitarias, sociales y educativas. Aquí destaca la Sociedad de Beneficencia de Señoras de La Paz, que buscaba paliar la pobreza, así como dar asistencia médica y educativa a la población.

En 1910 se fundaron federaciones obreras locales urbanas, orientadas al nuevo sindicalismo emergente. En los años veinte iniciaron los brotes del pensamiento marxista y feminista que cuestionaban el rol de la mujer en la sociedad y la servidumbre; pedían el reconocimiento de los ayllus indígenas, los derechos de los trabajadores, la autonomía universitaria y la reforma agraria. Las federaciones protagonizaron movimientos y acciones sociales de relevancia, como manifestaciones y huelgas, de tal manera que el movimiento mutual pasó a segundo plano, aunque subsistió dedicándose exclusivamente a la beneficencia social.

Los paradigmas occidentales influyeron, sirvieron de modelo e impulsaron la conformación del mutualismo en toda América. Estos tenían que ver con las ideas socialistas y anarquistas, así como con la organización de las instituciones de este tipo. Sin embargo, no se debe dejar de lado que en América, en países como Bolivia, estos movimientos se iniciaron en la época prehispánica. En momentos posteriores, como la Colonia y la República, se consolidaron con transiciones como su forma de organización, la tecnificación de la mano de obra y las políticas estatales favorables, hasta llegar a la conformación de sindicatos obreros. Por lo tanto, las entidades que se crearon en Bolivia –y en general en América– tuvieron sus propias especificidades.

Cabe recalcar que los elementos de la filosofía y de la organización de la mutualidad estuvieron presentes en todos los ámbitos del desarrollo urbano: sociales, políticos, religiosos y educativos. En La Paz las sociedades de socorro mutuo y de beneficencia tuvieron distintas acepciones, pero ambas

propiciaron modificaciones en los ámbitos referidos, lo cual es significativo y determinante en su desarrollo; pero fueron las sociedades de socorro mutuo las que antecedieron y propiciaron la conformación de organizaciones sindicales.

El estudio de Chuquiimia contribuye, de manera significativa, con información y análisis respecto a este tema, donde se registra que, pese a los intereses políticos que propiciaron su conformación, las sociedades mutuales fueron determinantes para modificar las estructuras de la sociedad y conformar el sindicalismo obrero, vigente en la sociedad boliviana hasta la actualidad.

Lorena Alarcón Alquisalet
Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia)

ELIGA H. GOULD. *AMONG THE POWERS OF THE EARTH. THE AMERICAN REVOLUTION AND THE MAKING OF A NEW WORLD EMPIRE*. CAMBRIDGE: HARVARD UNIVERSITY PRESS, 2012, 301 pp.

El despliegue historiográfico de variadas temáticas y analíticas, cronológicas y espaciales, que experimentan en la actualidad los estudios históricos en los Estados Unidos de América sigue siendo impresionante. Desde los diferentes *colleges*, institutos y departamentos de historia ubicados en la *Teaching Machine* se estudia rigurosamente el *pasado* del mundo –en claves local y mundial–, siendo lógico entonces que su propia historia, “el pasado nacional del país”, se escriba con especiales cuidado y rigurosidad.

Among the Powers of the Earth. The American Revolution and the Making of a New World Empire del historiador estadounidense Eliga H. Gould es una prueba de los propósitos académicos que la historiografía norteamericana viene cultivando desde la primera mitad del siglo XX. Se trata de un libro, resultado de una amplia investigación –galardonado con el premio que otorga la Society for Historians of the Early American Republic (2102)– que convence e inspira a los lectores por su precisión narrativa, su capacidad de síntesis y su riqueza documental primaria y secundaria: aspectos que se conjugan armónicamente con los argumentos esgrimidos para demostrar cómo se conformó política, ideológica y militarmente uno de los estados nacionales más impetuosos y fulgurantes de la historia moderna, partiendo de un pasado colonial donde las Trece Colonias permanecían sujetas por su metrópoli, Gran Bretaña, la más versátil y agresiva de las potencias coloniales del Antiguo Régimen.

Este libro está compuesto por seis acápite –amén de su introducción y epílogo– titulados: “En las márgenes de Europa”; “La ley de la esclavitud”;

"*Pax Britannica*"; "Independencia"; "Una república esclavista" y "El Nuevo y el Viejo Mundo"; estructura regida según el orden cronológico establecido por el autor en las décadas inmediatamente anteriores a 1776 (año de los estallidos revolucionarios), a fin de explicar los trasfondos políticos, militares y económicos sobre los que reposaron la emancipación de las Trece Colonias, la conformación de los Estados Unidos de América y, subsecuentemente, el detallado proceso de legitimación y reconocimiento de un estado recientemente constituido en el concierto de las naciones del mundo. Este aspecto es ilustrado por Gould como una "división tripartita", orquestada por el naciente imperio continental, para legitimarse en términos políticos y comerciales entre las potencias de Europa –sus "naciones hermanas"–, los estados bereberes y sus vecinos más cercanos: los pueblos o naciones indias asentadas en las periferias de la otrora jurisdicción británica.

Para demostrar la policromía de sus análisis, el autor echa mano de una metodología apropiada, todo un conjunto de hechos en una adecuada perspectiva comparada (Norteamérica-Indias Occidentales-África-Gran Bretaña) al ritmo de una narrativa que no desdeña las interesantes minucias de las historias contenidas en la documentación, a pesar de estar obligada a la síntesis de los procesos centrales. Así, por medio de episodios aparentemente aislados, testimonios de personajes medianamente relevantes, ricos hacendados de Massachusetts, oficiales y burócratas británicos, esclavizados y libertos afroamericanos, el autor fundamenta lo que él mismo ha denominado como *Entangled Histories* ("historias enredadas"; "historias entrelazadas"), forma metodológica y argumental que permite una observación más o menos completa –y compleja– de las circunstancias históricas y los fenómenos sociopolíticos espontáneos que coadyuvieron al surgimiento y posterior consolidación de una nueva potencia continental, pionera de la emancipación en el ámbito hemisférico y primer imperio del Nuevo Mundo.

La metodología y el estilo narrativo de Gould hacen posible observar que la historia primigenia de los Estados Unidos de América también se desarrolló de manera intensa hacia el exterior, prácticamente desde sus comienzos. Recurriendo a las fuentes de archivo, principalmente a los Anales del Congreso y los Papeles Estatales Americanos (Washington D. C.), amén de los ricos fondos de la *Public Record Office* ubicados en los Archivos Nacionales Británicos (Londres), Gould vincula en las mismas situaciones cronológicas lo que viene ocurriendo en las regiones adyacentes a la geografía permeada por la espectacular Revolución Norteamericana. Desde Maine hasta Virginia, desde Barbados hasta Surinam, y desde Angola hasta Liverpool, se entrelazan movimientos, rasgos de insubordinación y personas que permiten acercarse al proceso revolucionario según los intereses expositivos señalados en cada uno de los capítulos. Ahora bien, el espacio norteameri-

cano, constituido por la esfera Atlántica (particularmente el Atlántico Norte y el mar Caribe) se inserta en una dinámica de disputas navales, circulación de ideas, conceptos de libertad, informaciones y contrabandos que, en cierta medida, establecen un contrapunto con los itinerarios y las reacciones del imperio británico al momento de experimentar el contundente proceso de emancipación desatado en uno de sus más importantes baluartes coloniales.

En este sentido, el Golfo-Caribe cobra una notable importancia para las explicaciones y los entrelazamientos analíticos propuestos por Gould a fin de explicar los contextos geopolíticos, sobre todo mercantiles y bélicos, desatados a partir de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) –en ocasiones reclamada por historiadores del colonialismo europeo como la verdadera Primera Guerra Mundial–, que sirvieron como una suerte de terreno abonado para el posterior florecimiento de los sangrientos conflictos desatados entre británicos y norteamericanos en la década siguiente. Tal dimensión geopolítica, entendida en perspectiva hemisférica, supone un valioso sustrato para el análisis histórico pues, en esta escala, es posible contemplar la Norteamérica británica como una posesión que, gracias a su vitalidad mercantil y su precocidad naval, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, estructuró todo un conjunto territorial que incluyó islas y porciones de la zona tórrida continental, asunto que es privilegiado por el autor para mantener el vigor de sus argumentos a la luz de los posibles vínculos e intersecciones historiográficas amparadas en la información proveída por los documentos.

Sobre este aspecto es preciso destacar que en el último capítulo del libro es donde mejor se advierten los presupuestos metodológicos sostenidos por el autor a fin de trazar un panorama relativo a las consecuencias experimentadas por los Estados Unidos en tiempos posteriores a su proceso de independencia, particularmente durante las primeras décadas del siglo XIX. Luego de analizar los pormenores engendrados por el fenómeno esclavista en tiempos de emancipación y la intensa vinculación de un significativo número de norteamericanos en la próspera trata negrera en el Atlántico, Gould muestra la configuración de las facetas políticas exteriores de esta nación en un contexto mundial donde reinos como España, Portugal y Francia estuvieron profundamente vinculados no solo por sus cualidades como monarquías detentadoras de dominios ultramarinos en América, sino también por los rotundos impactos que sufrieron debido al vertiginoso ascenso político y militar de Napoleón en Europa. Sin embargo, cabe señalar que dentro de estas exposiciones no se obvia, más bien se explica, la participación de ciertos británicos como una suerte de agentes que pretendieron subvertir los logros expansionistas alcanzados por los Estados Unidos cuando ya Gran Bretaña le había reconocido su estatuto de nación independiente, a partir de 1783. De acuerdo a una narrativa que no desdeña complementos eruditos extraídos

e insertados oportunamente a partir de las fuentes documentales, es posible comprender cómo Andrew Jackson, curioso personaje y sujeto indispensable en la historia de la independencia de los Estados Unidos de América, fungió como un elemento auténtico, a fin de entender algunas formas de asociación y relaciones que la joven e impetuosa república tejió con el entonces decadente imperio español en Norteamérica y las Antillas desde finales del siglo XVIII hasta los inicios de los movimientos junteros en Hispanoamérica.

Considerando esta perspectiva de explicación que resalta detalles propios de la historia continental “extra-estadounidense” para argumentar la conformación de aquel imperio del Nuevo Mundo, se extraña que en el último capítulo del libro el autor no haya entrado en diálogo con la historiografía en español que también viene publicando notables y novedosos resultados de investigación enmarcados en la perspectiva de las relaciones establecidas por las entonces embrionarias repúblicas hispanoamericanas con los ya consolidados Estados Unidos de América; historiografía que se ha cultivado de manera excepcional en países como Colombia, España, México y Venezuela, y que, sin duda, ayudaría a enriquecer los entrelazamientos que Eliga H. Gould propone para este tipo de investigaciones. No obstante, es consabido que las historiografías norteamericana e iberoamericana no permanecen suficientemente atentas a los correlatos históricos producidos en sus academias homólogas ubicadas al sur y norte del continente, respectivamente. Sin embargo, se trata de asuntos que, de alguna manera, suponen nuevas revisiones en las agendas investigativas contemporáneas, más en aquellas donde el mundo Atlántico del Antiguo Régimen sigue siendo el eje articulador de la reflexión histórica. No cabe duda entonces que *Among the Powers of the Earth. The American Revolution and the Making of a New World Empire* es un excelente ejemplo –además de un bello libro– acerca de estos nuevos y sugestivos paradigmas de indagación.

Sebastián Gómez González
Universidad de Antioquia, Medellín (Colombia)